

## UNA EDUCACION PARA LA LIBERTAD

*Vivienne Rivera Allen de Solís*

Alocución del 21 de noviembre de 1991.

Amigas y amigos muy queridos:

Gran honor el que me confieren al invitarme a conversar sobre el papel del maestro en nuestra sociedad. Es particularmente grato hacerlo aquí, en la Facultad de Educación, en cuyos pasillos y aulas forjamos tantas ilusiones y tantos sueños de libertad. Pero sobre todo, me complace dirigirme a mis antiguos discípulos, hoy convertidos en educadores comprometidos, algunos desde hace ya varias décadas, con los procesos formativos de las generaciones que heredarán la Costa Rica del futuro. Quiero exaltar, en ellos, a los maestros que se han preparado para servir al país en este ámbito académico. Para todos, un saludo cariñoso.

Durante muchos años tuve en las paredes de mi oficina un pensamiento que vi por primera vez en una pequeña escuela rural enclavada en los Apalaches que reza: EL BUEN MAESTRO, EXPLICA. EL MAESTRO, SUPERIOR, DEMUESTRA. EL GRAN MAESTRO, INSPIRA. Estas palabras recogen, en pocas líneas, la esencia de la que debe ser la misión del maestro. Formador por excelencia, el educador no puede sin embargo limitar su responsabilidad docente a la instrucción o, en términos más generales, a la difusión del conocimiento.

Un buen maestro, ciertamente, ofrece a sus discípulos los instrumentos que les permitirán alcanzar, en los distintos ámbitos en que se desempeñen, excelencia profesional. En el campo o la ciudad, los buenos maestros transmiten los conocimientos que le permiten a las personas acceder al rico acervo de la cultura mundial. Podemos afirmar que cada persona alfabetizada se ve impelida, por la fuerza de las letras, al gran torrente de la historia universal. Gracias a la educación, el hermoso

abánico de la Vida se despliega en toda su extraordinaria gama de colores frente al estudiante. Debemos pues procurar que la formación que nuestros alumnos reciban sea de primera calidad, sólida y densa. Y para lograrlo, hay que garantizar que el maestro, por lo tanto, tenga a su disposición todos los elementos -académicos y materiales- necesarios para impartir dicha formación.

Sin embargo, una educación que se deja constreñir por las tendencias instructivistas tan en boga en nuestros días, corre el riesgo de convertirse en un yermo arenal donde la competencia sustituya al humanismo, y donde el sentido de solidaridad, vital para el éxito de la sociedad democrática, termine supeditado a los valores infecundos de la sociedad de consumo y de la tecnocracia. En este sentido, creo que a las universidades corresponde una responsabilidad fundamental, pues es finalmente en las aulas de las casas de educación superior, donde se están preparando los maestros que nos introducirán en el siglo XXI.

Hace apenas dos días, en la reunión de la Organización Universitaria Interamericana realizada en Santo Domingo, el ex Presidente de la República Oscar Arias dijo:

"Estoy convencido de que la universidad latinoamericana debe realizar aportes novedosos al mundo entero en la modernización del Humanismo como aspiración universal. El mundo, que se transforma en un hermoso caleidoscopio de nuevas prioridades, ofrece a América Latina una oportunidad única para poner al día el extraordinario acervo humano que una rica historia le ha otorgado. Abonadas por la noble sangre de patriotas y apóstoles de la libertad y la justicia, esas raíces se han vigorizado y han construido espacios inéditos en los que ayer reinaba, tenebrosa, la dictadura y hoy resplandece el pluralismo.

Manos blancas y morenas, voces indígenas y castellanas, buscan reducir al silencio la cacofonía de siglos de

segregación y violencia. Hombres y mujeres ven reverdecer en nuestro continente la esperanza de un proyecto en el que solidaridad ha de ser portestandarte del progreso. Nuestras universidades están en la obligación de ser hortelanas del humanismo telúrico de esta nueva América que se levanta tras décadas de postración. Diligentes y prontas, deben responder sin titubeos al llamado que del surco se escucha convocando a la semilla feraz de la democracia (...). El humanismo que nuestras universidades deben aportar debe ser tolerante, solidario, crítico. El humanismo que América Latina busca es pluralista, transformador, participativo".

Estas palabras reflejan el justo sentido de nuestra agenda como educadores, y le señalan un derrotero a nuestras universidades, tan venidas a menos ante los embates de las políticas neoliberales y, también, ante la carencia de liderazgo académico.

Escucho, con frecuencia, severas críticas a los modelos educativos que enfatizan propuestas participativas, o bien a aquellos que proponen una aproximación individualizada en donde el estudiante como persona integral, no el conocimiento entendido como un fin en sí mismo, es el sujeto principal del proceso de enseñanza-aprendizaje. Quienes así se expresan poseen no sólo una noción excesivamente conservadora de la educación y de lo educativo; también, y más preocupante aún, tienen una visión de futuro que, por reduccionista, podría eventualmente hacer peligrar los valores democráticos de los cuales los maestros han sido celosos guardianes desde hace décadas.

Por eso es que sigo comprometida con una concepción educativa que hoy más que nunca tiene vigencia. Es la de las aulas libres y sin lastres escolásticos; de maestros honestos y responsables; de docentes con mística e idoneidad profesionales; de pedagogos respetuosos de la persona humana, creativos y sensibles.

Tal concepción se hace aún más acuciante y necesaria en un mundo en donde el pragmatismo ha alcanzado rango de dogma de fe. Me contaba hace ya muchos años don José Figueres cómo tuvo que batallar para que los campesinos de "La Lucha" aceptaran que sus hijos fueran al colegio que se había recién abierto en la zona. Corría el año cuarenta y uno y los padres campesinos argumentaban que en una situación de gran estrechez material como la que atravesaban, era en el surco,

no en el aula, donde tenían que bregar los muchachos. La respuesta de don Pepe fue que precisamente porque había pobreza en las casas, había que sembrar en las escuelas y en los colegios. Abandonar el aula para garantizar el pan, no garantizaba el pan y condenaba a la perpetua pobreza; no sólo la del espíritu -ello era evidente- sino también la de la carne.

Nos encontramos ante una situación parecida en nuestros días. La crisis económica que nos abate, la turbulencia mundial que ha lanzado al mundo a los brazos inhumanos del mercado y de los niveles aberrantes de competencia profesional que predominan en los países desarrollados, auspician modelos educativos tanto en el Norte como en el Sur en donde la eficiencia -léase el utilitarismo-se exalta por sobre la creatividad. Esta concepción cuantitativa, que además se sustenta en una política de privatización de la enseñanza y de reducción injustificada y peligrosa de los presupuestos nacionales de educación pública, se ha apoderado de muchas mentes lúcidas, seduciéndolos con visiones de una sociedad próspera basada en la eficiencia y en los designios de las fuerzas invisibles. En efecto, si como los campesinos de La Lucha hace cincuenta años, supeditamos nuestros objetivos de largo plazo a la necesidad inmediata de subsistir, terminaremos encadenados a la miseria y viviendo en una sociedad cada vez menos democrática, cada vez más injusta.

Por eso no tengo duda al afirmar que la educación costarricense en este fin de siglo se ha convertido, a fuerza de circunstancias, en la primera trinchera contra la desintegración social de nuestro país. Y no hablo aquí de la desintegración social en un sentido ético, es decir, de la pérdida de valores esenciales de tipo personal y familiar que han venido a menos a medida que el país pierde el norte y se desgarran la urdimbre social carcomida por la violencia doméstica. No. Hablo de la desintegración en un sentido político. Aquella que puede ser hartamente más peligrosa por provenir de la decadencia de modelos de organización que se han agotado. De modelos que no encuentran sustitutos en un país en donde el diálogo fecundo de otras épocas, ha dado paso a un desordenado parloteo que ofende las mejores tradiciones democráticas de este país.

Sólo en la medida que los educadores nos preparemos a conciencia, esta trinchera no caerá vencida. Prepararnos significa estar capacitados en lo profesional para atender las altas responsabilidades que la sociedad le ha asignado a los maestros. En el mejoramiento de la capacitación docente atribuyo importancia capital al trabajo de las universidades, pues aunque tras la graduación es tarea obligatoria del maestro mantenerse al día en las corrientes educativas más modernas, el eje de la formación del educador sigue residiendo en las estructuras universitarias.

Prepararnos significa, también y fundamentalmente, ejercitar habilidades y destrezas que no pueden entenderse ajenas a los parámetros profesionales y sin las cuales éstos parámetros resultan irrelevantes. Significa concretar, en acciones cotidianas, el conjunto de valores que, connaturales a la labor pedagógica, constituyen el más importante acervo del maestro. Honestidad, responsabilidad, mística, vocación, respeto por el niño y el adolescente, son algunos de esos valores insustituibles sin los cuales todo conocimiento profesional, por grande que sea, es inútil.

Y es aquí donde hay que volver al pensamiento que cité hace unos minutos. "El gran maestro, inspira".

Podría pensarse que inspirar es algo etéreo, más propio de la religión o las bellas artes que de las Ciencias Sociales. Nada más alejado de la realidad. Inspirar es construir. Construir sueños, construir voluntades, construir esperanzas, construir aspiraciones. No hay nada más concreto que la inspiración. ¿No es por ventura el poeta que eleva sus versos, también arquitecto de las realizaciones de quienes lo escuchan? El maestro que inspira en sus alumnos el amor por la libertad; el pedagogo que construye en el espíritu de sus estudiantes el aprecio por la Naturaleza; el profesor que siembra en el alma de sus discípulos la semilla de la solidaridad, es albañil de la democracia; artesano de cuyas generosas manos la sociedad recoge el fruto dulce de la cultura.

El nuevo mundo que hemos heredado tras el fin de la Guerra Fría es complejo y turbulento. ¡Cuánto hubiésemos deseado que el fin del totalitarismo inaugurara para el mundo una fase de entendimiento en donde prevaleciera la cooperación y no la guerra!

Lejos de ello, en menos de un año hemos experimentado una espantosa conflagración en el Oriente Medio, somos testigos de una masacre sin nombre en Yugoslavia, y vislumbramos negros nubarrones sobre el futuro de los países pobres en Africa, Asia y América Latina que, irónicamente redimidos de las tensiones entre los bloques ideológicos de antaño, se debaten en la miseria.

Los retos que tal contexto imponen al maestro no tienen precedente. Demandan aún mayor creatividad y voluntad para satisfacer las necesidades de niños y jóvenes a quienes se vuelve crucial e ineludible inculcar un humanismo que ponga fin, algún día, a la insensatez belicista y el egoísmo materialista que hoy nos agobian. Si antes el maestro tenía que ser osado, hoy debe ser, también, valiente. Valiente para denunciar, pero también para construir; valiente para enfrentar la escasez y sus propias necesidades materiales, pero también para derrotar la tentación gremialista que tanto daño ha ocasionado a nuestras escuelas; valiente para buscar la verdad a todo precio, pero también para comprender que sólo en el pluralismo y la tolerancia puede florecer la Justicia.

Amigas y amigos maestros:

Hace pocos días tuve el privilegio de reunirme con un grupo de voluntarios que realizan trabajo social con niños en Limón y Puntarenas. No exagero al decir que en aquellos puertos acaba Costa Rica y principia Centroamérica. Las más atroces lacras sociales están matando a la semilla feraz de la Costa Rica del futuro. En los alrededores de San José, en "Los Cuadros", en "Los Guidos", miles de niños compatriotas nuestros, subsisten en las condiciones más precarias imaginables. En estos baluartes de la pobreza y la degradación, también termina Costa Rica y principia Centroamérica. Al verlos a ustedes reunidos aquí, premiando a un grupo notable de maestros que han sido distinguidos no sólo por sus méritos profesionales, sino por su exquisita calidad humana, me pregunto ¿qué vamos a hacer para terminar con tanta indignidad y tan grande desvergüenza?

Ningún aporte, pienso, podría ser más oportuno y más hermoso en ese esfuerzo que

no tiene ni bandera ni género, que hacer un compromiso renovado con la educación como lienzo donde la Patria tiene que escribir la nueva historia. Un compromiso que no puede ser escrito sino con nuestra conciencia, en el silencio de nuestro fuero interno, ante la

mirada del único Testigo que todo lo ve y todo lo sabe. En esta hora difícil, que sean los mejores maestros de Costa Rica quienes canten un cántico de valor y patriotismo orientados por la visión de un país que merece para sus hijos la mejor de todas las preseas: la de la libertad.